

LA FAMILIA COMO FACTOR DEMOGRÁFICO

I

Parece que se orienta hacia los 40 millones de habitantes el óptimo cuantitativo de la población española. Hacia él íbamos bastante bien en el decenio de 1920 a 1930; en el de 1930 a 1940 hemos retrocedido, y las dos grandes causas han sido la gran guerra y las desaforadas facilidades que la apostasía del proletariado y los gobiernos rojos han dado al neomaltusianismo y al aborto. ¿Cómo deshacer lo hecho y volver a la normalidad? ¿Qué hacer para recobrar el ritmo de nuestro crecimiento?

Las causas que influyen en el descenso de la población pueden reducirse a tres: emigración, que despuebla, una excesiva mortalidad y un descenso de natalidad.

En el descenso de la natalidad española no está influyendo la emigración como fenómeno demográfico normal, porque en estos últimos años se había reducido oportunamente casi a cero (1). La emigración, des-

(1) Adviértase que estudio la institución de la familia como factor demográfico, pero en su estado normal, no en el trance trágico de la guerra. No estudio las repercusiones demográficas de ella, que han sido

de el punto de vista demográfico, es siempre una desventaja porque emigran los más jóvenes y, por tanto, los más productivos y las familias más prolíferas, es decir, las más aptas para aumentar la población. Sin duda que hay emigraciones del campo a la ciudad, a lo largo peligrosas para la población. Más de la mitad de los habitantes de Madrid y casi la mitad de los de Barcelona no han nacido de madres madrileñas o barcelonesas, sino de madres de fuera. La ciudad se nutre de los pueblos. Cuando los pueblos se despueblan y no pueden mandar carne humana a la ciudad, ésta perece de hambre casi fulminantemente. Esa emigración campesina es el primer acto de la tragedia en

fatales. ¿Cuántas familias no se han constituido y se hubieran constituido sin ella?; es decir, ¿qué oscilaciones, qué descenso ha habido en el coeficiente de natalidad en las dos zonas luchadoras? En las familias ya constituidas al comenzar la guerra, ¿cuántas y en qué proporción quedaron infecundas por la movilización y cuántas definitivamente rotas por la muerte de los maridos en las campañas? Y el hambre y el frío, y el desamparo y la neurosis, y las enfermedades que a la guerra siguen como cortejo obligado, ¿cuántas víctimas dejaron en el seno de las familias perturbadas? ¿Cuál ha sido durante la guerra el ritmo de esas dos grandes plagas del neomaltusianismo y del aborto que estaban ya royendo como cánceres la familia española? En resumen, ¿cuántos hijos han debido nacer y por la guerra no nacieron y cuántos murieron que sin la guerra hubieran conservado la vida? ¿En qué proporción ha crecido el coeficiente de mortalidad en los once trimestres de guerra? ¿Cuántos han muerto en las batallas y por asesinato?.

La misma emigración ha sido una herida por la que se ha escapado a chorros la sangre de España. Aunque se crea exagerado decir que la desbandada emigratoria roja nos ha hecho perder más hombres que todas las batallas y muertes violentas en uno y otro bando, ¿es exagerado decir que han huído algunos centenares de miles?

Cuando se haga luz sobre las repercusiones demográficas de la guerra sabremos lo que hemos perdido por todas esas causas, y entonces podremos pensar en las soluciones adecuadas y eficientes. Pero todo eso ha sido un terremoto, como una epidemia virulenta, algo extraordinario, patológico, que debe estudiarse aparte y sobre hechos estadísticos que acaso tarden algún tiempo en ser sometidos a serias depuraciones.

Y ese no es tema de mi estudio.

que han perecido por consunción los viejos pueblos civilizados. Y en ese primer acto estamos. Pero como todo se queda en casa, esas emigraciones no influyen en el descenso de la población nacional sino porque la familia rural con el tiempo degenera en la ciudad. En el campo su fecundidad es casi doble.

En una razonable política demográfica influye mucho más el coeficiente de mortalidad. Por haber descendido a un ritmo mucho más acelerado que el de la natalidad creció tan alentadoramente España en el decenio de 1920-30. Si las naciones de la civilización occidental de Europa y de gran parte de América no hubieran logrado un gran descenso en su mortalidad en estos últimos cincuenta años, a estas horas los veríamos reducidos, casi expirantes, dado el desplome de su natalidad. Pero sobre la influencia de la mortalidad, nuestro crecimiento y sobre sus repercusiones, causas y esperanzas también se ha escrito mucho.

El fenómeno de la natalidad es, sin duda, mucho más importante en la máquina demográfica. De la tendencia a su descenso, valorado en cifras estadísticas, otros han escrito ya lo suficiente para suscitar nuestra inquietud. De lo que quizá no hayan hablado bastante es de las repercusiones, causas y remedios de ese mórbido fenómeno demográfico. Y de eso voy a escribir yo aquí. Entre las causas aparentes de ese fenómeno inquietante una es represiva, el aborto; otra es preventiva, el neomaltusianismo o limitación voluntaria de los nacimientos. Tampoco os hablaré de la causa represiva porque ella sola requeriría un estudio especial. Voy a centrar, por consiguiente, mi atención sobre la causa preventiva, que es peligro más catastrófico y de contagio más fácil y virulento.

II

Es el neomaltusianismo una enfermedad moral vieja, que a últimos del siglo pasado surgió remozada como una mixtificación o deducción ilógica de las teorías de Malthus.

Es el puñal con que se han suicidado los viejos pueblos civilizados y con que está suicidándose la civilización contemporánea. Hay un libro titulado *Regreso delle nascite?, morte dei popoli*, escrito por el alemán Ricardo Korher. En ese libro cuenta cómo y de qué enfermedad han muerto los antiguos pueblos civilizados: Babilonia, Egipto y la India; Grecia y Roma; Arabia, Méjico y otros. Cuando los conquistadores llegaron, ya eran cadáveres insepultos o seres vivos, pero impotentes o desfallecidos. Murieron no por asesinato, sino por suicidio. Y el puñal fué la limitación voluntaria de los nacimientos. Nación en que se convierte en costumbre colectiva, nación que muere, deshaciéndose como terrón de azúcar en el agua.

“La despoblación de los Estados civilizados —dice— empieza por arriba. Primero empieza la decadencia de la nobleza, continúan las grandes ciudades, luego las provincias y, por último, el campo. En sustancia, esta serie va en sentido inverso. Para sostener la población en las ciudades se va despoblando primero el campo y termina por las grandes ciudades; pero cuando la corriente que parte del campo ya despoblado cesa, el espectáculo pronto termina. La ciudad se despuebla con una impresionante rapidez; sólo permanece la sangre primitiva, el tipo del Fellah. En todas las civilizaciones se ha visto que empiezan a que-

dar desiertas las ciudades de provincias y al final de este proceso quedan vacías las grandes ciudades, en medio de cuyas ruinas una pequeña población de Feliáh vive en condiciones semejantes a las de los hombres de la edad de piedra. Hagamos hablar a la Historia.”

Y comienza a demostrarlo con una abundancia de hechos históricos que abrumba y con un estilo tajante, gráfico, impresionantemente expresivo, con frases que parecen inscripciones de lápida mortuoria o sentencias de juez inexorable.

Hablando, por ejemplo, de Grecia, dice:

“Las ciudades griegas fueron reducidas a aldeas y los campos permanecieron incultos y en general, en la época del Imperio, se retrocedió al estado selvático. Se podía viajar días enteros sin encontrar alma viviente. Atenas, despoblada, reducida a ciudad provinciana, vivía del comercio forestal y de las instituciones creadas por ricos extranjeros, como, por ejemplo, el rey hebreo Herodes. La masa de arribistas romanos que acudían a visitarla dispersó, como los americanos de hoy, las obras del tiempo de Pericles, llevándose las mejores obras de arte o comprándolas a precios de mercancías corrientes; surgieron en su lugar las pretenciosas construcciones romanas al lado de las modestas, pero más serias de la antigüedad. Entre las respetables ruinas de la antigua Hélade construyeron los romanos sus insuperadas termas.

”Y mientras tanto los griegos se iban extinguiendo completamente. Ya en el año 221 antes de Jesucristo no había en Esparta ningún dorio entre los comerciantes y personas de alguna importancia social. Por las venas de los atenienses de la época del Imperio corría

sangre de todo el Oriente. Gneo Pisón llamó a los atenienses "una mezcla de naciones."

De la decadencia romana escribe:

"La población romana después de la segunda guerra púnica y a consecuencia de las enormes pérdidas sufridas en Cannas y en el Lago Trasimeno bajó de 270.000 a 214.000; pero después de sólo treinta años volvió a alcanzar la cifra primitiva, y diez años más tarde llegó a 337.000. Este fué el último avance. Pronto empezó el descenso de la natalidad y así se inició la gran tragedia del Imperio romano. El poder mundial de Roma continuó subiendo y llegó en el Imperio a su apogeo aparente; pero coincidiendo con estos siglos de esplendor exterior, el pueblo romano iba empequeñeciéndose tanto a causa del descenso de natalidad, que hacia el año 200 después de Jesucristo no se encontraba ya un verdadero romano."

"De la antigua sangre romana no queda en las venas de los italianos de hoy ni una sola gota."

Continúa persiguiendo implacablemente la marcha de la población romana hacia el abismo, y al final dice:

"¡La comedia es finita! Italia y sus provincias estaban sin hombres y desiertas. El pueblo romano, que una vez había realizado magníficas gestas militares, había desaparecido, se había destruído a sí mismo."

"Su herencia había pasado a los antiguos esclavos, a las tropas mercenarias extranjeras. Germanos, galos, dacios, tracios, sirios, árabes, negros dominaban en Roma. En el Senado se sentaban extranjeros, el ejército estaba formado por bárbaros, emperadores extranjeros regían el país. Estos bárbaros romanizados trataban de protegerlo rodeándolo de murallas contra las incursiones de todo orden, que cada vez eran más

potentes. Casi a la vez desapareció toda actividad espiritual y la barbarie invadió todos los campos. Se volvió a la vida primitiva; la decadencia de la vida económica era tal que en tiempos de Alejandro Severo los funcionarios recibían, además de su estipendio, una compensación en especie.”

Ese mismo feroz ojeo hace sobre las otras viejas civilizaciones que se suicidaron con el puñal del neomaltusianismo. Y salta después a los pueblos modernos, que también se están desangrando con análogas heridas.

“En Nueva York —dice— la cifra de nacimientos en los barrios populares supera cuatro veces a la de los nacimientos en los barrios aristocráticos; en Pittsburg y aun en Berlín, tres veces; en Londres y en Viena, dos veces y media. En Nueva York, en la rica Quinta Avenida, una comisión encontró en 45 palacios sólo 17 hijos. Según el profesor Cattel, por cada 10 parejas americanas se cuentan siete hijos. A los académicos americanos les corresponden los hijos en la siguiente proporción: cada hombre, uno y medio; cada mujer, tres cuartos. Bertillon contó cerca de 445 franceses de posición eminente con sólo 576 hijos, es decir, 1,3 por cada matrimonio. Y puesto que para mantener la población deben corresponder a cada matrimonio de tres a cuatro hijos, las clases superiores que tienen un número inferior de hijos van desapareciendo rápidamente. Las clases inferiores son las herederas de las superiores.”

Sobre Francia escribía yo hace quince años (2):

(2) *La familia como institución básica de la sociedad*, por Severino Aznar.

“Los pueblos de la civilización occidental corren el peligro de eclipsarse por el mismo lado del horizonte por donde se eclipsó la civilizada Roma. Declinan porque dejan declinar su institución-cimiento, la familia, y la dejan declinar porque no reglamentan y encauzan con eficacia los instintos que están en su base.”

“Véase, por ejemplo, lo que pasa en Francia y cómo cuentan su mal.”

Al observar la despoblación de Francia, muchos extranjeros con dulzura y lástima, muchos con despiadada rudeza le han augurado la muerte por extinción. “En el agotamiento de esta nación se escucha ya el rumor de la catástrofe, de una fatalidad que forzosamente ha de reducirla con el tiempo a la categoría de una pequeña nación.” Esto ha escrito un doctor inglés. Y un doctor alemán: “¿Con que más sepulcros que cunas? Así deben desaparecer por su propia falta los pueblos que han roto con las leyes fundamentales de la vida.” “Esa hermosa nación se suicida”, había dicho el padre del actual presidente Roosevelt. Y un suizo, el Dr. Romel: “Comienza a faltar el aceite en la lámpara de Francia... Ya no es joven. Ya no tiene alientos para conducir su arado, para comerciar en países lejanos, para tener hijos... ¿A qué tanto dudar en hablar de decadencia? ¿Qué síntomas necesitáis ver para advertirla? ¿Os hace falta ver una selva virgen en la Plaza de la Concordia?” (3).

Pero lo que ese mal significa nadie mejor que los franceses mismos lo saben y nadie lo ha denunciado con frases más doloridas y lapidarias. “Francia se mue-

(3) Todas estas citas están tomadas del sabio y valeroso libro de Paul Bureau, *L'indiscipline des moeurs*. De cuanto se ha escrito sobre este problema no conocemos nada más sincero, ni más sólido y científico.

re, no turbéis su agonía”, decía ya años Renan a De-roulède. “Estoy auscultando las cavernas de un tísico”, exclamaba Hipólito Taine.

“A medida que la marea de la despoblación subía, subía también el sobresalto de sus pensadores y la marea de sus lamentaciones desconsoladas o de sus indignaciones iracundas.” “Pocas gentes se dan cuenta de que la nación francesa se está suicidando y de que si no se adoptan prontamente enérgicas y eficaces medidas, de aquí a pocas generaciones habrá desaparecido.” “Francia es un islote de azúcar que se funde”, había dicho Gide.

En la gran guerra Francia sola no estaba en condiciones de hacer frente a Alemania; tenía tantos o más medios de destrucción que ella, pero tenía menos hombres. Si hubiera tenido tantos, es casi seguro que Alemania no la hubiera atacado. Porque tenía menos tuvo que irlos mendigando a Inglaterra, a los Estados Unidos, a Italia, a Servia, a Bélgica, a Holanda, mundo adelante. Tuvo que ser la gran mendicante del siglo, y cuando triunfó tuvo que repartir el botín y se encontró con cadenas que antes no tenía. Y un escritor francés que veía aquella gran miseria con compasión patriótica repetía la acusación de Polibio a las mujeres griegas, diciendo a sus compatriotas:

“Las matanzas, las ruinas y las humillaciones de Francia tienen un responsable. Es la mujer francesa, que desde hace tiempo se está negando a dar hijos a Francia.”

Acabó la guerra anterior de Finlandia, y los finlandeses escribieron con sangre las gestas gloriosas que sabemos.

“¡Si tuviera más hombres! —decía su Generalísimo—. Más que armamento necesito hombres.”

Hombres, mendigaba suplicante con los brazos en alto, con palabras que se arrodillaban y cuyo tono trágico nos estremecía. Pero esos hombres se los habían negado sus mujeres, que son neomaltusianas. Su coeficiente de natalidad es poco mayor que en Francia. Sin esa limitación de los nacimientos, Finlandia hubiera tenido más hombres y hubiera resistido mucho más: no hubiera pasado por la humillación de mendigar y rendirse; no hubiera perdido acaso una parte de su nación. Son sus mujeres las que han puesto grillos en los pies de su patria.

Eso pasará a todas las naciones que no se curen de esa lepra. Eso le pasará a España si no se libra del contagio.

Esa limitación voluntaria de los nacimientos es la peor catástrofe que ahora podría caer sobre España. Comenzó hace tiempo la grieta de ese cimiento de la nación, y poco a poco se iba abriendo más. Geográficamente, comenzó por Cataluña, región que ya no sirve a España para crecer ni para conservarse siquiera. Gasta de material humano más del que ella da a España. Socialmente comenzó en España por la clase social noble por miedo a la incomodidad y al dolor, y la siguió la clase media intelectual por miedo a las dificultades económicas y a un duro descenso en el nivel de vida. ¿Qué habrá sucedido en estos diez últimos años? ¿A qué capa social se habrá filtrado el virus maldito?

Sobre las clases obreras se han hecho a todo trapo propagandas neomaltusianas insensatas y envenenadas. Esas propagandas necias, suicidas, envilecedoras,

cien veces deshechas, pero que halagaban al egoísmo y al interés, ¿qué efecto han producido en este decenio?

Nos lo revelará el último censo hecho. Tengo miedo de saberlo; tengo miedo de que la lepra se haya corrido en proporciones considerables a las clases obreras, en las que, por ser más numerosas, puede hacer los estragos catastróficos. Temo que en el decenio último nos haya causado más bajas que la guerra terrible en los tres años trágicos. Dios querrá que tarde muchos años antes que estalle otra guerra que devore más hombres; pero ese asesino agazapado tras la teoría y el hábito social neomaltusiano continuará devorando vidas humanas, cerrándoles las puertas de la existencia, robándoselas con alcvosía y nocturnidad a España.

Franco ha dicho en voz alta que aspira a que España tenga cuarenta millones de habitantes. Una razonable y posible explotación económica de España les permitiría vivir un nivel de vida más alto que los veinticinco millones de hoy. Y entonces sería gran potencia. Pero esa aspiración de Franco, que ya es patrióticamente ambiciosa y que requeriría muchos años, será un sueño iluso, y esa grandeza de España será un fantasma, si la mujer española pierde la energía y la virtud austera de tiempos no lejanos, sofocando su instinto de maternidad y cogiendo miedo a los hijos.

“He tenido serias pérdidas —decía Napoleón después de una sangrienta batalla—; pero la austera y generosa mujer francesa me los devolverá fácilmente.”

Si la mujer española se hiciera neomaltusiana, Franco podría decir, por el contrario:

“Perdí muchos hombres en las batallas del Ebro; pero cada mes me hacen más bajas las mujeres de Es-

pañía, envenenadas con esa criminal costumbre. Sin pensarlo seguramente, son peores enemigos que los rojos, porque hacen más bajas a España.”

III

Esos son los efectos del neomaltusianismo. Los efectos, pero las causas, ¿cuáles son? ¿Por qué los pueblos de hoy vuelven a los caminos que llevaron a los antiguos pueblos civilizados a la muerte? ¿Por qué las familias se están aferrando a la costumbre incesante de limitar el número de sus hijos con la misma angustia generalizada e instintiva con que se agarra el arrastrado por la inundación a las zarzas punzantes que crecen en la ribera?

Unos dicen:

—Porque los tiempos son difíciles; porque la familia con hijos no puede vivir; porque si necesita criada, los muchos hijos la espantan; si necesita vivienda, el miedo a muchos hijos aterroriza al casero; porque son muchos los impuestos indirectos y éstos son tanto más pesados cuantos más hijos se tienen; porque el mañana es muy incierto y no se sabe si se podrá criarlos. Disminuyen los hijos porque no pueden aumentar los ingresos; porque los hijos, a su juicio, llevan al hogar, no la alegría, el consuelo y la esperanza, sino las dificultades y la miseria.

Pero las causas económicas no son suficientes para explicar esa revolución sexual que ha hecho descender el coeficiente de natalidad en Europa de 35 ó 40 al 10 por 1.000. Difícil la vida, pero, ¿más que en la Edad Media? Hay dificultades económicas, ¿pero las tienen muy grandes los nobles y ricos que son los más neo-

malthusianos? ¿No se está demostrando en todos los países —yo lo he demostrado en España (4)— que el coeficiente de natalidad es inversamente proporcional a la categoría económica, y que cuanto más pobre es una clase, más prolífica? ¿Dónde está más difundido el bienestar y la paz que en Suecia, y no hay familias más desfallecidas?

Esa explicación es superficial. Las dificultades económicas no han cambiado mucho, ha cambiado nuestra sensibilidad para soportarlas, es decir, nuestra psicología.

Otros dicen:

—La causa es otra. Es el afán de conservar y mejorar el nivel social de vida; perderlo ó rebajarlo se considera una desventura. Los que tienen fortuna, si no pueden aumentarla, no pueden tener muchos hijos, porque el reparto entre todos los rebajaría de rango, bajarían en nivel social. Los ricos no limitan sus nacimientos por necesidades económicas, sino por necesidades psíquicas, entre las cuales se encuentran sus hábitos, sus placeres, las exigencias de clase, el lujo mismo.

Por esa misma razón limita sus nacimientos el labrador que penosamente, año tras año, ha ido formando una hacienda y sabe que si tiene muchos hijos la obra de toda su vida se desmorona, y así sus hijos bajan de rango, de nivel social. A esas consideraciones podrían añadirse observaciones más hechas sobre la clase media intelectual de Madrid. En sus madres antiguas, las que en 1920 tenían más de cuarenta y cinco

(4) Véase mi estudio *El promedio comparativo de natalidad, mortalidad y reproductividad en diversos tipos de familias españolas*. Roma, 1933.

años, la natalidad era más alta que en las clases ricas, y en las madres modernas de esa misma clase su natalidad era más baja. Yo encontraba la primera explicación en que va por un camino su nivel social y por otro la cuantía de sus ingresos, y esa antítesis es hoy fuente de tragedias.

Siempre que haya una clase social en la que los medios económicos no estén en armonía con el nivel de vida que la sociedad impone, buscará, fatalmente, si no encuentra en su camino fuertes frenos morales, medios eficaces de sostener su nivel de vida a costa de la fecundidad de las madres.

La clase media intelectual ha hecho en España eso. Para conservar su nivel social tenía dos caminos: aumentar sus ingresos o disminuir sus gastos. Cerrados, en general, los caminos de aumentar los ingresos, ha disminuído los gastos; busca ansiosamente no disminuir su nivel de vida, y lo está logrando disminuyendo voluntariamente el número de sus hijos. Con los hechos, dicen al Estado unos, a los sociedad otros: "Pues to que no me das más sueldo, te daré menos hijos."

La pobre valoración que la sociedad actual hace de los servicios que la clase media intelectual le presta tendrá para ella repercusiones graves. Si no rectifica, esa clase se defenderá. Esa defensa será para ella un suicidio, pero la sociedad perderá el gran recurso de seleccionar a los que le han de prestar los servicios más útiles, que no son los de conservación animal, sino los de perfeccionamiento civilizador.

El haber bajado la condición económica de esas clases, mientras se ha conservado su nivel social, es la causa ocasional de esa depresión en su natalidad.

Pero tampoco parece ser esta la causa última para

explicar mal tan generalizado. Hace cincuenta años que se está agravando. ¿Es que antes de este último medio siglo no bajaba el nivel social de los ricos, de los labradores e intelectuales cuando tenían muchos hijos? Y, sin embargo, los tenían. Algo ha cambiado, pues, en estos tiempos, y en ese algo está la verdadera causa. No se puede negar que la angustia de no rebajar el nivel de vida influye en la natalidad. ¿No se decía de la clase media inglesa que al casarse los que a ella pertenecían se preguntaban: qué prefieres, tener un automóvil o un hijo, y que, en general, se decidían por el automóvil? Pero, ¿por qué prefieren esto ahora y antes no? En la contestación a esta pregunta estará la verdadera causa de ese neomaltusianismo. Estará en el cambio de su psicología.

Otros dicen:

—Para las clases trabajadoras, al menos, la causa es esta: antes, la generalidad de ellos eran labradores o artesanos, y los hijos eran auxiliares magníficos de la empresa, un recurso para la economía doméstica. Pero hoy la mayor parte de los trabajadores son asalariados y los hijos son una carga pesada.

Y ¿qué decir a esto que no sea bien sabido? Sin duda que los muchos hijos son para el obrero carga harto pesada. Encuestas muy serias han demostrado que al llegar el tercer hijo, llega con él, por regla general, la miseria. Por eso comienzan a ver los muchos hijos con espanto. El salario suficiente para el célibe es irrisorio cuando, casado, tiene que repartirlo entre cinco o entre ocho. Por eso comienza a ver al soltero con envidia. Hay en eso un gran peligro y una gran injusticia, y para defender a la sociedad contra ellos, Francia y Bélgica implantaron sus Cajas de compensa-

ción, e Italia, España y Alemania su Régimen de subsidios familiares.

Pero ese hecho brutalmente cierto no explica completamente el hundimiento de la natalidad en Europa y en América ni en España. A excepción de algunas ciudades de Suecia, la clase obrera es, en general, más prolífica que las demás. El día que el neomaltusianismo se generalice en la clase obrera de una nación, ya tiene ésta difícil remedio. No; no es esa la causa, aunque puede serlo. La carga de los hijos en la clase obrera aumenta en ella la miseria, no disminuye gran cosa la natalidad.

Un ilustre demógrafo, quizá el de más autoridad hoy en el mundo, el profesor de la Universidad de Roma Corrado Gini, está dando desde hace ya varios años otra explicación:

La causa de esta crisis tremenda de la natalidad —viene a decir— está principalmente en el cansancio de la especie, en que la raza blanca ha entrado en el período de la senilidad, porque sus células germinales siguen la misma trayectoria que las células somáticas. y como éstas, nacen, crecen, llegan a la senilidad y mueren. La causa es involuntaria, fatal, porque es biológica, y he aquí algunos síntomas:

La disminución de los nacimientos es general en las naciones de esta raza, y siguen una marcha más o menos lenta, pero irrefrenable, tenaz, como sucede con los fenómenos que responden a una ley de la Naturaleza. Ese cansancio ha tenido sus primeras manifestaciones en las Casas reales y en la nobleza, donde se ha practicado la endogamia. ¿No es un hecho que la frigidez o anestesia sexual se va extendiendo entre las mujeres blancas, oscilando entre el 10 y el 80 por 100 de

ellas? Eso es un síntoma fisiológico, pero hay otro anatómico, patológico, que también se está generalizando y que entre los médicos se conoce con el nombre de infantilismo sexual. Otros síntomas son el primer embarazo retardado, y con frecuencia abortivo, la elevada infecundidad involuntaria, el alto promedio de la esterilidad, aun sin prácticas anticoncepcionales, y la mortalidad más frecuente. “Y junto a este cuadro anatómico-fisiológico, el cuadro psíquico de la baja sexualidad: “baja sexualidad —dice— de los instintos directa o indirectamente ligados a la reproducción, tales como el instinto de tener hijos, lactarlos y criarlos, la atenuación en la reserva y el pudor de la mujer, y en la iniciativa y agresividad en el hombre, el mayor deseo de cambiar, la mayor necesidad de excitantes, la frecuencia en las aberraciones, la mentalidad sin defensa contra el hedonismo que se apodera de la razón, la cual se presta por eso dócilmente a aceptar las consideraciones económicas, estéticas, higiénicas y humanitarias que le aconsejan limitar los nacimientos en vista del propio confort y el del otro cónyuge y los hijos.”

Pero los datos de mis investigaciones no me permiten, hasta ahora al menos, prestar a esa teoría mi completo asentimiento. Tampoco coinciden con ella las exploraciones hechas por Sanders, publicadas en su libro *The declining Birth Rate in Rotterdam*.

Esa influencia biológica supone un arrastre secular que se hubiera manifestado con lentitud, no fulminantemente, y hay pueblos y provincias en que la limitación de los hijos ha sucedido en menos de cinco años a una espléndida proliferación.

No parece que los médicos especialistas den el mis-

mo valor que Gini a los síntomas fisiológicos anatómicos que él ha recogido, y en cuanto a los síntomas de orden psíquico por él expuestos, para explicarlos, ¿qué necesidad hay de apelar a fuerzas fatales, biológicas, cuando fuerzas del mismo orden psíquico bastan para explicarlas suficientemente?

Si la clave de esta disminución progresiva de la natalidad estuviera en la senilidad del plasma germinativo, ¿a qué hablar de política demográfica? Es ésta una medicina para curar un estado morbozo y, ¿qué medicina hay para curar la senilidad? Contra las leyes biológicas, ¿qué eficacia puede tener el *Boletín del Estado*? Y, sin embargo, la política demográfica la tiene. Con ella ha detenido el Estado fascista de Italia la baja inquietante de su natalidad, y con ella ha logrado Alemania aumentar el coeficiente de la suya y contener la marcha de la familia germana hacia su putrefacción, que quizá fuera la más corrompida y deshecha en Europa antes del advenimiento de Hitler.

Sin duda que hay en los instintos genésicos de la raza blanca alteración notable, pero no es envejecimiento, sino perversión y extravío. El remedio es, por consiguiente, posible, aunque difícil. Estará en volverlos al buen camino, en someterlos a las viejas normas morales de otros tiempos. Como se verá más adelante, la solución del problema hay, aunque parece raro, que buscarla, más que en la Biología, en la Religión y en la Metafísica.

Otros dicen:

—La clave está en la racionalización de los nacimientos. El instinto conserva la especie, la razón la pone en peligro. La razón es individualista y fácilmente sacrifica la especie al individuo. Tan pronto como el

individuo se ponga a racionalizar en eso, a pensar en tener una familia razonable, ya la ha hundido, ya la ha disminuído. Creerá proceder razonablemente cuando resuelva sus problemas con el mínimo sacrificio. ¿ Cree razonable buscar la utilidad? Tendrá pocos hijos. Si busca encontrar un sostén en la vejez, un solo hijo en que acumular sus esfuerzos y sus bienes será para él más sólido sostén que muchos hijos pobres. ¿ Busca la utilidad de los hijos que le reembolsen los gastos y el trabajo que gastó en su crianza y educación? No los tendrá, porque encontrará más económico, más productivo producir sillas o boniatos, o cualquier cosa, que producir hijos. ¿ Quiere perpetuar el apellido, la estirpe? La razón le dirá que lo perpetuará con más brillo un hijo rico que muchos empobrecidos. ¿ Podrá encontrar razonable tener muchos hijos para hacer grande a su patria? Esa parece ser la racionalización, el control de la familia italiana y, sobre todo, de la familia alemana de hoy. Pero, ¿ logrará la necesaria generalización? ¿ Durará siempre o sólo un período de exaltación patriótica y de ciega confianza en sus rectores políticos? Fuera de esas dos naciones no hay que pensar en que los ciudadanos que consideren un sacrificio tener muchos hijos los tenga sólo porque los necesita el Estado para ser fuerte. Desgraciadamente, ni en España. Suecia, que acaso es la nación más saturada de neomaltusianismo de Europa, ha tenido que hacer alto en su carrera desenfrenada. Para no perecer tienen que aumentar su natalidad, y los mismos de la Comisión que le han propuesto soluciones han desahuciado los remedios patrióticos. "En Suecia, al menos —dice Myrdal—, no hay uno que se decida a crear hijos porque le convenga al Estado." "Es fútil y estéril —dice

Sigra Alva— recurrir para eso, para decidir al succo a tener hijos, a la exhortación de los deberes que tenemos para con la patria.” ¿No era el francés el símbolo del patriotismo heroico y chauvinista? Pues su razón encontraba perfectamente conciliable su patriotismo con el neomaltusianismo más generalizado. Ni el catalanismo de los catalanes, ni el españclismo de los valencianos los decide a dar más hijos a Cataluña y a España para hacerlas grandes.

Se viene racionalizando la fecundidad, en cuanto a la cantidad, con el *birth control* y la búsqueda del óptimo cuantitativo, y en cuanto a la calidad, con la eugenesia y el afán de buscar el óptimo cualitativo. Ni el *birth control*, ni la eugenesia, ni el óptimo de población son inmorales en principio, ni contrarios a la razón. En un estudio anterior, titulado *Alrededor del neomaltusianismo*, he intentado demostrarlo. Pero esos tres factores de la población son hoy de hecho tres rutas por las que se va a los matrimonios estériles, al truco de los dos hijos o del hijo único. La razón está en que lo que se practica con ellos no es, en rigor, racionalización, sino sentimentalización de la fecundidad. No la someten a la razón, sino al sentimiento del placer o del dolor. Tener pocos hijos o ninguno, ¿evita molestias, preocupaciones y dolor? Pues tener pocos hijos o ninguno será lo razonable. Tener hijos tarados, ¿puede rebajar, crear dificultades, aumentar los gastos y las preocupaciones, es decir, causar dolor a la sociedad? Pues lo razonable será la esterilidad eugenésica a todo pasto, esterilidad forzosa, naturalmente, e impuesta gentilmente no como castigo, sino como cautela y defensa de la sociedad. ¿Se necesita buscar un óptimo de población, una población que no sea insuficiente de

brazos y capitales, para sacar de la Naturaleza todo el rendimiento posible y que no sea excesiva hasta el punto de no encontrar con qué alimentarse por eso? Pues la que evite esos sufrimientos será la óptima. Y el criterio para encontrarlo será el asegurar en cada individuo el más alto nivel de vida dentro de su clase social, porque los otros bienes, que no son materiales, son imponderables e incommensurables. Es decir, el criterio será la comodidad y el placer. Y eso no es zumo de razón, sino de primario sentimiento; no es racionalizar, sino sentimentalizar.

Pero es verdad que este modo de racionalizar la fecundidad con el *birth control*, la eugenesia y el óptimo de población así entendidos, crea ambiente psicológico traicioneramente fecundo y propicio para el actual hundimiento de la natalidad en Europa. Los que reducen el número de sus hijos, en su inmensa mayoría, no sabrían hacer largas disquisiciones sobre el *birth control*, la eugenesia y el óptimo de población; pero saben muy bien lo que para ellos es dolor y es placer, y todas esas teorías, puestas en canto llano, se reducen a decirles: "Lo razonable es reducir el dolor y buscar el placer." Es la sirena del hedonismo que lanza al viento su canto fascinante en las playas adonde arriba el bajel investigador que va buscando para España una buena política demográfica.

IV

Y bien. Frente a todas esas causas de despoblación contra las que puede estrellarse la aspiración de España a una población más densa, ¿cuál puede ser su actitud operante, es decir, su política demográfica?

A mi juicio, las causas de orden económico son causas ocasionales y remotas. Las verdaderas causas eficientes, sin las cuales aquéllas tendrían muy reducida eficacia, son psicológicas y morales, que podrían reducirse a dos: una mentalidad social extraviada y una degradación y debilitación de la institución familiar.

Hasta el siglo XIX se hacía el reclutamiento de la raza sin esfuerzo ni preocupación de nadie. Mecanismos tradicionales y seculares parecían asegurarlo automáticamente. Se creía que el hombre adulto estaba, naturalmente, inclinado a casarse, que una vez casado querría naturalmente tener hijos y que aceptaría como una imposición de la Naturaleza a los que ésta le enviaba. Pero esa mentalidad cambió, y se ha visto que aquellos mecanismos y aquellas inclinaciones que parecían naturales lo eran mucho menos de lo que se creía; que eran más bien función de creencias metafísicas y religiosas, que estaban ligados a doctrinas previas y que el olvido de esas doctrinas los dejó en el aire. A esa vieja mentalidad, a esas doctrinas y creencias metafísico-religiosas hay que volver si se quiere una política demográfica eficaz para defender a España contra el peligro neomaltusiano que merodea a su alrededor y para caminar hacia esos cuarenta millones de habitantes en que parece que un poco instintivamente se ha puesto el óptimo de la población española. Y no hay que discurrir nada para otear, explorar y captar esa mentalidad, esas creencias y doctrinas. Las conocemos bien. Son las creencias y doctrinas que el catolicismo enseñó a la civilización occidental sobre la institución de la familia.

El olvido de ellas crea la mentalidad social propicia al derrumbe de la natalidad y produce fatalmente

la degradación o alteración de la familia. Por eso el remedio está en restaurar la institución familiar, tal como la entregó depurada el catolicismo a nuestra civilización, lo cual no es posible con la mentalidad social actual y sí con las creencias metafísico-religiosas con que entonces estaban ligados los mecanismos encargados de reclutar la especie, y que no eran otros que las familias. Por eso me he atrevido a sostener que en la familia está el núcleo central, la clave de una eficaz política demográfica, hasta el punto que se puede decir que política demográfica es sinónimo de política familiar. A través de la familia han de actuar no sólo las creencias, doctrinas y normas, sino todos los otros factores que contribuyan a una política demográfica, los resortes económicos, como los sanitarios, como los sociales. En ella se han de domar los instintos de la reproducción, depurar los sentimientos, valorizar los peligros y molestias que los hijos ocasionan. No quiero decir que todo se ha de hacer en el hogar familiar, sino que hasta lo que tiene que hacerse fuera se haga pensando en él. Si queremos combatir una a una las infinitas causas de la disminución de los nacimientos, no acabaremos nunca, y entre nosotros cundirá el desaliento antes de llegar a resultados positivos. Será mucho más eficaz nuestra actuación si centramos en una sola institución todas nuestras preocupaciones. Y la razón de que ésta sea la institución familiar es muy sencilla y evidente: A ella sola ha encomendado la sociedad la función de darle hijos que la conserven y agranden. Para cumplir esa función, ¿no sabe algo? Hay que enseñárselo. ¿No puede algo? Hay que ayudarlo. Pero sustituirla en esa función es una bobada, porque es un absurdo y un imposible.

De esa institución he dicho en otro lugar (5):

La sociedad es como una maquinaria de complicados engranajes, o como un edificio de masa imponente, de una macidez y vastedad que asustan. En esa maquinaria la familia es una pieza maestra, la rueda esencial; en ese edificio la familia es uno de los cimientos que la sostienen. Para la ciencia social, si la rueda de la familia anda mal ya no puede funcionar bien ningún mecanismo social, porque todos reciben de ella el ritmo y el origen de su movimiento. Para el cristianismo tiene los prestigios solemnes de las más grandes instituciones religiosas: es un sacramento.

Se funda sobre instintos y tiene por eso la perdurabilidad de las obras de la Naturaleza.

Es la primera sociedad que conocieron los hombres y la que debe servir de tipo y modelo a las demás. Cuanto más se asemejan los otros tipos de sociedad a la familia, más fuerte es la solidaridad en ellos; más perfecta la coordinación de las actividades, más recios los lazos que los unen, mayor la facilidad con que todos han de cooperar al bien común que es el fin inmediato. Por eso hay que reducir al mínimo o sentir sobresalto ante los esfuerzos que se hacen para restarle funciones y entregarlas a la escuela, a la profesión o al Estado, y hay que defenderse contra la locura de los que quieren hacer de ella o una contrafigura del Estado o un instrumento esclavo de la colectividad.

No pocos sociólogos evolucionistas sostienen que durante mucho tiempo existió la sociedad sin la institución de la familia. Conservan todavía el candoroso

(5) En el estudio citado, *La familia como institución básica de la sociedad*.

prejuicio, la hipótesis nunca compulsada, el mito de la promiscuidad. Pero hasta esos mismos suponen esa promiscuidad en las relaciones sexuales más allá del salvajismo, en una sociedad más de bestias que de hombres.

“Las especies animales que no tienen familia —piensa Augusto Comte— no tienen tampoco sociedad. Esto permite atisbar que la primera es preparación necesaria de la segunda, que la familia es condición esencial de la sociedad” (6).

La sociedad consume vida espiritual y carne humana. Para vivir y crecer necesita eso, y lo necesita hoy y mañana, y siempre. Si no hay un organismo, una institución sólidamente organizada y perpetua como la necesidad que ha de satisfacer; si esa institución no le da ese combustible o se lo da de mala calidad, o no se lo da en proporción suficiente, la sociedad ya no tiene un día tranquilo, principia por languidecer, viene luego la anemia o la intoxicación, fatalmente morirá. Sin esa institución la sociedad no puede vivir. ¿Y cuál es esa institución?

“Ya se conoce —dice Paul Bureau— la solución de este trágico y magnífico problema. Desde los más remotos orígenes de la Humanidad es la familia la que ha asumido la noble y pesada tarea de proveer el reclutamiento de la raza y de combatir y superar la obra de la muerte por medio de la transmisión superabundante de la vida” (7). Todo este pequeño estudio es la confirmación de estas palabras.

Hurtad aquí, en España, a la sociedad española

(6) En su *Cours de Philosophie Positive*, vol. III.

(7) *L'indiscipline des mœurs*.

los hijos de que le surte la familia; ¿qué le sucedería? Le quedarían los hijos ilegítimos y los expósitos, a la mayor parte de los cuales, sin las indispensables garantías para su crianza y educación, devora la muerte, o el abandono en que viven los convierte en gérmenes sociales patógenos o parasitarios. Y lo mismo puede decirse de las otras naciones y grupos humanos de Europa y del mundo.

Suplantad el mecanismo de la familia por otro, por la promiscuidad libre; ¿adónde nos llevaría sino a la selva? Sólo en la selva se han atrevido a suponerla los que admiten esa hipótesis arbitraria. Suplantadla por la unión de un hombre y una mujer, pero sin reglamentación alguna, inestable, caprichosa, sin aprobación del Estado o de la Iglesia, sin fiscalización o sanción alguna de la sociedad. Pensando en la inestabilidad de esas uniones tened la previsión de disponer que el Estado recoja los hijos y los críe, y los eduque. ¿Será eso mejor? ¿Proveerá a la sociedad mejor del material humano que necesita? Algunos así lo desean y lo creen, pero no pueden presentar una comprobación experimental de ese desecho y de esa creencia. Jamás ha sido eso ni es fácil que sea nunca. No ha sido ni en la Rusia soviética. Cuanto más sientan su responsabilidad los que así se unan, más miedo les ha de infundir el dar al mundo hijos que no han de ver ni criar. Cuanto más se sofoque en la mujer el amor maternal instintivo, más solitario o predominante ha de ser el placer como fin de esa unión. Y con ese placer no son muy conciliables ni las molestias de la gestación, ni los dolores y peligros del parto, ni la marchitez de la juventud y de las gracias femeninas. La autoridad del padre será sustituida por la del jefe, y el amor de la madre por los cui-

dados del funcionario. Y no se ve bien qué ganarán en el cambio ni los hijos ni su crianza y educación.

No; no hay sustitución posible. Esas sustituciones pondrían en el mayor de los peligros a los pueblos, y son soluciones antisociales, que la sociedad, por instinto de conservación, debe rechazar, desde el primer momento, con la necesaria eficacia. Sólo la familia la permite vivir y perpetuarse. La familia es una institución de absoluta necesidad y la única para resolver el terrible problema de la natalidad.

Por lo mismo que era biológicamente necesaria para la sociedad, Dios no la dejó al azar. El mismo la creó, y al crear la primera pareja le dió instintos y garantías biológicas que aseguraran su perpetuidad. La garantía de la sociedad es la familia, que le proporciona todo el material humano que asegure su conservación y crecimiento; pero la garantía de la familia misma está en el instinto sexual, que asegura su fundación, y en el instinto de la paternidad y de la maternidad, que asegura su estabilidad.

El tener sus raíces hundidas en la entraña misma de la Naturaleza es lo que le hace resistir a los huracanes que en determinados momentos históricos la sacuden, es lo que explica su maravillosa fuerza de conservación.

Pero un descarrilamiento de la máquina monstruosa de esos instintos puede llevar la sociedad a una catástrofe sin esperanza.

Y el descarrilamiento es posible. Los instintos son mutables; la educación y los estimulantes que encuentran a su paso pueden exaltarlos o pueden domarlos y encauzarlos. El instinto es la locomotora, pero es la razón la que tiende los rieles que la dirigen o la que los

levanta, preparando así consciente o inconscientemente la tragedia.

Esa es la explicación de que todos los pueblos hayan tenido la obsesión de tender bien estos ricles, de reglamentar, fiscalizar y dirigir bien esos instintos mediante costumbres, leyes, preceptos morales y, sobre todo, mediante sanciones y ceremonias religiosas.

Y en la perversión o anormalidad de esos instintos está casi siempre la clave de las crisis por que en algunas épocas históricas ha pasado la institución de la familia, así como la del actual derrumbe de la natalidad.

Ved el ejemplo de Francia. ¿Recordáis la primera alocución que el mariscal Pétain hizo a su patria, postrada y derrotada? Fué un lamento, tan cargado de emoción, que estremeció a Francia y despertó piedad en el mundo. “¿Por qué derrotados?”, se quejaba. Y al enumerar las causas, subrayaba esta: “Hemos dejado perder nuestra vieja institución familiar.” Sí; ahí estaba uno de los secretos de la catástrofe, y Pétain, que fué antes un gran capitán, tuvo entonces un certero atisbo sociológico.

El valor que el Papa Pío XII da a la familia lo apreciaréis recordando la magnífica exhortación que hace poco ha dirigido a la cristiandad. Fué breve y tenía que decir en pocas frases muchas y grandes normas. Y una de ellas, acaso aquella en que puso más interés, fué una defensa de la institución familiar, de la que parecía salir este santo y seña: “Verdad, pueblos, por la institución familiar.”

No hacía más que seguir la tradición del catolicismo, repetir las consignas de León XIII, que Pío XI amplificó y completó, no sólo en su Encíclica *Quadragesimo Anno*, sino, principalmente, en aquella otra

que con el nombre de *Casti Connubii* dió en circunstancias bien dramáticas. Los obispos anglicanos se habían reunido en Lambeth y la mayoría dió al mundo un triste ejemplo de desfallecimiento. No pudiendo resistir a la feroz presión de los pueblos anglosajones, tan ferozmente neomaltusianos, llegaron a transacciones vergonzosas con esa lepra. Entonces el Papa habló de nuevo y les dijo: "Nosotros, no; no claudicamos ni sometemos la familia a esa degeneración ni a las naciones a esos peligros. Seguimos, impávidos, las consignas y la tradición del cristianismo." Y hace en la Encíclica un estudio metódico, claro y valiente de esa tradición y de esas consignas (8).

(8) Ese grito del Papa actual, que reproduce el dramático *Caveant Consules* del Senado romano en los trances angustiosos de su República, lo ha oído bien el Caudillo, y aun se anticipó a él, y velando por la institución familiar, ha refrendado su ministro de Justicia, D. Esteban Bilbao, leyes de sancionamiento de la familia como las de supresión del divorcio, la de la anulación de la pretendida igualdad conyugal y la de los hijos legítimos y naturales, la que impone sanciones severas al aborto y a las propagandas anticoncepcionistas, la que sanciona el abandono de los cónyuges y de la asistencia a los hijos y otras de análoga finalidad. Todas ellas son protectoras directas de la familia, y por eso esencial y eficazmente demográficas.

Lo son también muchas de las Obras de Falange Femenina, las que tienden a exaltar la feminidad y religiosidad de la mujer española, el espíritu de servicio y abnegación por las familias humildes, sus visitadoras, sus Escuelas del Hogar y su altivo desdén por la vida inútil y frívola de la mujer.

Para dar solidez a las bases morales de la familia es preciso la colaboración armónica de la casa y de la escuela y de la Iglesia y del Estado, y aun del arte y de la ciencia. He aquí un tema que desearía sugestionara un poco más a los pensadores españoles. Abordarían así el núcleo central de nuestra política demográfica.

V

Y el nuevo Estado, ¿qué concepto tiene de la familia? ¿Qué espera de ella para su política demográfica?

José Antonio tenía una alta idea de la institución familiar. La familia debía dar acceso a la participación en el Poder; los partidos políticos, no. Odiaba la dictadura del proletariado porque nos haría vivir “sin sentimiento religioso, sin emoción de patria, sin libertad individual, *sin hogar y sin familia*.” Vivir “sin saber lo que es hogar familiar” creíalo él escalofriante, espantable. Y en los programas de Falange —los 26 puntos—, programa del Partido único español, inició ya una política protectora de la familia y, por tanto, de la buena demografía española.

El punto 6.º dice: “Todos los españoles participarán en el Estado a través de su función *familiar*, municipal y sindical.” El punto 13: “El Estado reconocerá la propiedad privada como medio lícito para el cumplimiento de los fines individuales, *familiares* y sociales.” Y el punto 19: “Organizaremos socialmente la agricultura por los medios siguientes: distribuyendo de nuevo la tierra cultivable para instituir la *propiedad familiar*.”

Franco ha continuado y ha ido precisando esta orientación de política protectora de la institución familiar. En el orden económico anunció en varias ocasiones los subsidios familiares, y lo cumplió; en el orden sanitario, una política demográfica, protectora de la raza, contra la tuberculosis y principalmente, a través de la familia, protegiendo la maternidad y contra la mortalidad infantil, y lo cumple; y en el orden moral,

ningún Gobierno anterior dejó tanta libertad y dió tantas facilidades a la Iglesia para ejercer la difusión de las normas cristianas de la moral familiar. Y para que todo eso no quedara en el aire ha procurado y logrado darle amplios desenvolvimientos que cristalizaron en el Fuero del Trabajo.

En la Declaración I quiere hacer el trabajo, "compatible con el cumplimiento de los demás fines individuales, *familiares* y sociales". En la Declaración II anuncia que se prohibirá el trabajo nocturno de las mujeres y niños, regulará el trabajo a domicilio y libertará a la mujer casada del taller y de la fábrica. En la Declaración III declara que "la retribución de trabajo será como mínimo suficiente para proporcionar al trabajador y su *familia* una vida moral y digna. Se establecerá el *subsidio familiar* por medio de organismos adecuados". En la Declaración V dice que "se tenderá a dotar a cada familia campesina de una pequeña parcela, que perfeccionará la vivienda campesina y difundirá el *huerto familiar*". En la Declaración X anuncia que se mejorará el Seguro de maternidad y que quiere proteger con seguros sociales a los trabajadores contra los riesgos que le quitan la capacidad o la posibilidad de trabajar, siendo idea directriz suya que en esos seguros sociales se atienda a la *familia* compensando al trabajador de sus *cargas familiares*. En la Declaración XII: "El Estado reconoce y ampara la propiedad privada como medio natural para el cumplimiento de las funciones individuales, *familiares* y sociales." "Asume la tarea de multiplicar y hacer asequible a todos los españoles las formas de propiedad ligadas vitalmente a la persona humana, el hogar familiar..." Reconoce a la familia como *célula primaria natural* y

fundamento de la sociedad, y al mismo tiempo como institución moral dotada de derecho inalienable y superior a toda ley positiva. Para mayor garantía de su conservación y continuidad reconocerá el *patrimonio familiar* inembargable.

De las 16 Declaraciones del Fuero del Trabajo, en seis refleja la gran preocupación del nuevo Estado sobre la institución familiar, y quiere que las otras instituciones económicas y políticas le den sombra tutelar.

El *trabajo* ha de ser compatible con el cumplimiento de los fines familiares; y anuncia que el trabajo nocturno de la mujer está bien suprimido, que tenderá a suprimir el trabajo diurno de la madre fuera del hogar y que tutelaré el trabajo a domicilio que las madres, principalmente, harán.

La *propiedad* será respetada; la considera como medio natural para cumplir las funciones familiares, y por eso anuncia que facilitarán las formas de propiedad familiar, el huerto familiar, el hogar familiar y el patrimonio familiar.

El *salario* habrá de ser familiar, mediante la única forma hoy posible, el Subsidio familiar.

El *Estado* no será botín de los partidos políticos. La familia, con el Municipio y la profesión, serán las únicas avenidas por las que a él podrá llegar el individuo.

Finalmente, se exalta a la familia origiéndola en célula social y borrando así toda pretensión de individualismo, y se la reconocen derechos inalienables y superiores a toda ley positiva. Y eso en un Estado totalitario.

Adviértase que se trata del Fuero del Trabajo, no del Fuero de la Familia, que algún día se hará, y, sin

embargo, hay ya en él compromisos y principios de una fecundidad excepcional para la política social protectora de la familia, más generosa y eficaz que ha conocido España y, por tanto, para una eficaz política demográfica.

Ya se comprende que todo eso sería amena literatura, sin valor ni eficacia, si se quedara guardadito en los libros o en las páginas del *Boletín del Estado*, y para que no sea así, poco a poco, se va sacando de esos nidos y convirtiéndolo en hechos. Esos hechos, que son unas veces leyes y otras instituciones, al proteger a la familia adquieren o pueden adquirir, bien orientadas, considerable eficacia demográfica. Casi todas son exigencias de la política social, y eso bastaría para justificarla; pero son, además, indirectos factores demográficos.

Esa significación tiene Auxilio Social. Lo fué al principio para las familias desarticuladas y desamparadas, especialmente en las provincias que se iban liberando. Su preocupación por la familia le ha movido a crear obras protectoras de la madre y el niño. Tendrá que articularlas con las que tiene el deber de crear el Seguro de Maternidad para evitar duplicidad anti-económica e innecesaria. Tendrá que continuar recogiendo, educando y manteniendo a los niños sin familia, pero tendrá que canalizar a través de la familia el auxilio que presta a los niños que la tengan. Si no lo hace así, desvinculará a los hijos de los padres y creará en aquéllos hábitos de mendicidad, y en éstos hábitos de irresponsabilidad que relajarán las instituciones familiares. Convertir, además, el Auxilio Social en hábito social tiene cierto sabor y abolengo comunista.

Ya se ha pensado en el *patrimonio familiar*, fecun-

da protección económica de la familia, y por eso eficazmente demográfica. Para eso dió la ley de Colonización interior; pero ya habrá podido convencerse de que para esa protección familiar y de eficacia demográfica esa ley no sirve. Lleva ya cerca de dos años de vigencia y, ¿dónde están los patrimonios familiares que ha creado? Ya *a priori* podía asegurarse que sería estéril. La dieron, sin duda, técnicos agrícolas a espaldas de los sociólogos y estadistas, y por eso se preocuparon de la producción, dejando abandonado el problema de la distribución, que tiene que ser esencial y básico en todo régimen de colonización interior. No se coloniza para producir más, sino para distribuir mejor y amarrazar a la tierra más numerosas poblaciones campesinas. Deja en manos de los propietarios la creación de esos patrimonios, y como no lo pueden crear sino a costa de su propiedad, les pasa lo que a Bertoldo, que nunca encuentran árbol donde ahorcarse (9). Finalmente, hay que dedicar muchos millones —aunque sean con el tiempo reintegrables— a la parcelación de latifundios que no sean necesariamente unidades de cul-

(9) Se habla con frecuencia de la revolución nacional-sindicalista, pero lo importante no es hablar, sino hacer, y para hacer hay que pensar antes, hay que estudiar *cómo* hacerla y *qué* hacer para hacerla. Y es cierto que José Antonio nos dió para ello orientaciones claras. Véanse algunas de las pertinentes al tema que estoy estudiando. En el orden económico la principal la condensó en esta frase: "Hay que descuajar al capitalismo." Y ¿no se ve que vivimos en plena euforia capitalista? En el orden demográfico José Antonio llegó, acaso por intuición genial, a la misma conclusión a que tras penetrantes observaciones han llegado Sorokin, Pareto, Gini y otros modernos sociólogos. La conclusión es esta: "La sociedad no puede vivir sin *élites* que la dirijan; esas élites o grupos selectos se gastan y desaparecen, y las reservas que las reparar y sustituyen vienen del campo." José Antonio había dicho esto mismo en una frase magnífica, en el punto 17 de Falange: "Hay que elevar a todo trance el nivel de la vida del campo, *vivero permanente de España.*" Y se

tivo, constituyendo con ellos patrimonios familiares, y esa ley dedica a esa fin, en vez de un Amazonas, un regato, y aun éste lleva sus aguas más al huerto del propietario que al del posible colono.

Ahora se están planeando grandes obras de irrigación. Con ellas se convertirán en regadío grandes fincas de secano, y sus propietarios multiplicarán el valor de sus tierras por cinco o por ocho. Todos los españoles habremos pagado esa obra de riego. ¿Habremos hecho ese sacrificio para aumentar desafortunadamente la riqueza de los que ya son ricos, que acaso serán latifundistas, y algunos ocultadores de su riqueza al Fisco, es decir, al Haber nacional? Las fecundas y ambiciosas iniciativas del ministro Alfonso Peña, ¿han de ser sólo para unos pocos? Y un día hemos de parcelar y crear patrimonios familiares. ¿No será más económico y justo adquirir las tierras cuando valen poco que después que costarán un ojo de la cara, ahora que podemos disponer del Presupuesto extraordinario que no más tarde cuando esté agotado y sea problemático repetirlo? Los técnicos agrarios saben producir, y lo hacen bien, ese es su oficio. Pero eso sirve para aumentar la riqueza del rico, pero no para colonizar, para ama-

está elevando ese nivel de vida a los propietarios cuyas tierras y productos suben en valor como la espuma; pero, ¿cómo se eleva el nivel de vida de los tres millones de obreros del campo que no tienen tierras ni productos, sino salarios míseros, y en su máxima parte menos de 200 días de trabajo al año? Podrían mejorar la vida de esas grandes multitudes y reducir el paro pavoroso el patrimonio familiar y el huerto obrero, que el Fuero del Trabajo ha prometido, la parcelación de los latifundios que fueran racionalmente parcelables y todo lo demás que podría hacer una ley de Colonización bien orientada. Esa ley abriría uno de los cauces de la revolución justa con que se sueña.

Y tendría, sobre todo, una poderosa eficacia demográfica porque favorecería, conservaría y estimularía a las familias campesinas, que hasta ahora son las más prolíficas.

rrar nuevas familias a la tierra y elevar su condición, ni para empapar las grandes masas obreras que sobran en las regiones latifundistas, y menos para aumentar la población. Para que tenga eficacia demográfica hay que modificar nuestra ley de Colonización.

Y el huerto obrero que el Fuero de Trabajo promete, ¿no lo va a dar? ¿Qué menos se puede dar a los ex combatientes? Hay seguros sociales que todavía están inspirados en el viejo individualismo. Son los de Vejez, Accidentes y Maternidad. Aseguran pensiones para satisfacer necesidades primarias, pero dan la misma pensión al que tiene necesidad como cuatro que al que la tiene como uno. Hay que dar además de la pensión una compensación por carga de familia. Y lo mismo habrá de hacerse con los seguros de enfermedad, invalidez y supervivencia. Si no se hace así, los seguros sociales tendrán eficacia antidemográfica, porque el Estado dará de hecho con ellos mucho más al que no le da hijos que al que le presta este gran servicio demográfico.

Tiene franco y magnífico sentido demográfico el régimen de subsidios familiares. La sociedad encomienda a la familia la misión de darle hijos, y sin esos subsidios no podría cumplirla, porque no podría criarlos. Por eso les da el subsidio. Todavía se ha aumentado su eficacia demográfica con los estímulos a la nupcialidad y a las familias numerosas. Eso marcha bien. Y para darle su natural eficacia social y demográfica hay que aumentar los subsidios y prolongar la edad de los beneficiarios mientras sean carga obligada para sus padres.

Todavía se han dado otras disposiciones protectoras de la familia y, por tanto, demográficas. Así el Sub-

sidio pro combatientes, la condonación del pago de alquileres a las familias de los parados, los préstamos a los funcionarios para que puedan dar carrera a sus hijos, la supresión de las viviendas insalubres, faltas de higiene, peligrosas y no aptas para ser habitadas, el modesto privilegio otorgado a las familias pobres en el abastecimiento de pan, la ley protectora de las familias numerosas y otras que ahora no recordaré.

Todavía se puede recurrir a otras muchas de este orden que al proteger a la familia protegen demográficamente a la nación.

Pero, ¡alerta! Todo eso, que es magnífico, que se debe hacer porque es requerido por la justicia social, por la paz de todos y por bien común no es una panacea demográfica. Todo eso es política demográfica de base económica que ha dado resultados poco alentadores. Más de cuatro mil millones de francos gastaba Francia antes de la guerra por motivos demográficos en proteger la institución familiar, ¿y qué ha conseguido? Con recursos económicos generosos, ingeniosos y abundantes está Suecia defendiendo su población y no esperan de ello grandes resultados. Los que no quieren tener hijos no los tendrán por motivos utilitarios, porque, como digo antes, da más rendimiento producir cualquier cosa que producir hijos.

Hay otra política demográfica de base psicológica mucho más eficaz, y es la que consiste en domar los instintos extraviados y pervertidos, y en estimular sentimientos que alumbren en las familias la resignación y, mejor aún, el deseo de tener hijos. Los países totalitarios no descuidan la política demográfica de base económica, aunque no esperen de ella grandes rendimientos, pero cultivan sobre todo la segunda. Estimula Ale-

mania el sentimiento patriótico y de raza. Italia y Portugal el sentimiento patriótico y el religioso.

Mussolini un día se dirigía a Bolonia estéril, y le decía: "Eres una vergüenza de Italia." Otro día a Milán, neomaltusiana, le increpaba así: "¡Eh, Milán, estás traicionando a la Patria!" Y en el prólogo al libro de Korher, ya citado, pone sus esperanzas en el sentimiento patriótico fascista, y escribe así: "Más que las leyes formales tiene importancia el hábito moral y, sobre todo, la conciencia religiosa del individuo. Si un hombre no siente la alegría y el orgullo de ser "continuado" como individuo, como familia y como pueblo; si un hombre no tiene, por el contrario, la tristeza y la vergüenza de morir como individuo, como familia y como pueblo, nada pueden las leyes, aunque sean y sobre todo si son draconianas. Es necesario que las leyes sean un estímulo al hábito. Por eso mi discurso se dirige principalmente a los fascistas y a las familias fascistas. Esta es la más pura piedra de toque a la que será sometida la conciencia de las generaciones fascistas. Se trata de ver si el alma de la Italia fascista está o no irreparablemente infectada de egoísmo, burguesismo, filisteísmo. El coeficiente de natalidad no es solamente el índice de la progresiva potencia de la Patria, no es solamente, como dice Spengler, "la única arma del pueblo italiano", sino que es también lo que la distinguirá de los demás pueblos europeos, porque indicará su vitalidad y su voluntad de transmitir esta vitalidad al través de los siglos. Si no remontamos la corriente, todo cuanto ha hecho y haga la revolución fascista será perfectamente inútil, porque en un cierto momento los campos, las escuelas, los cuarteles, los barcos, las oficinas ya no tendrán hombres."

Esta arenga magnífica, voz de estadista que ve lejos y estalla de patriotismo, me temo que tendrá que repetirla Franco en España.

Los factores económicos de la disminución de nacimientos son causas ocasionales y remotas, y no se convierten en causas eficientes sino cuando atraviesan el prisma de nuestra psicología y se convierten en móviles o motivos. Tienen que influir preeminentemente sobre la voluntad y han de decidirla a que quiera tener hijos. El único recurso demográfico verdadero, definitivamente eficaz, es decidirla a que los tenga, y como la idea del negocio no basta, porque en eso no hay negocio económico, hay que apelar a un ideal, al ideal patriótico, y entonces dará hijos a la Patria, a la raza o a ambas, porque es lo mismo que darle la vida en la guerra, y hay que apelar al ideal religioso, y entonces tener hijos es cumplir las leyes de la Naturaleza y la voluntad de Dios, que tiene como castigo el infierno y como premio el cielo. No os riáis de este cielo y de este infierno, porque no encontraréis, por mucho que busquéis, estimulantes demográficos más poderosos. El cielo y el infierno son hoy todavía para los pueblos cristianos los dos guardias civiles más eficaces para evitar esta clase de fraudes, los preventivos como los repressivos. Ahí están, vigilantes dentro de cada conciencia, y refrenan no sólo el mal, sino hasta la tentación de cometerlo. Y así se ha demostrado en todas las investigaciones que se han hecho, que el sentimiento religioso es la mejor defensa de la natalidad, y que las únicas masas que resisten el ímpetu del contagio neomaltusiano son las que son sinceramente religiosas. Sin duda hay católicos neomaltusianos y católicas que abortan voluntariamente, pero también los hay infieles a su cón-

yuge y aun ladrones y asesinos. Pero no lo son porque son católicos, sino porque en eso dejan de serlo. Se ha probado igualmente que en la medida en que este sentimiento religioso se ha ido debilitando en los pueblos cristianos ha ido disminuyendo el número de sus hijos.

La religión utiliza el otro resorte psicológico a que antes me referí: el de domar y encauzar los instintos de la reproducción. Y aunque parezca paradójico, para aumentar los nacimientos, y con ellos la población española, es factor demográfico más completo y eficaz el misionero que el economista y el maestro de higiene.

Y en los pueblos tibiamente cristianos, como el nuestro, aún más eficaz que la voz del misionero es la rejilla del confesionario.

SEVERINO AZNAR.

De la Real Academia de Ciencias Morales
y Políticas.